

Una Biblioteca Todavía la Cultura

(En *El Tiempo* de Bogotá,
Setiembre 26 de 1948).

El pueblo, uno de tantos, vistió su traje de domingo para recibir al sábado. Las campanas bambolearon jubilosas sus crinolinas de bronce entre los tallos de los cohetes, y los niños, de blanco y el tricolor inmarcesible en sus manos puras, formaron calle de honor.

¿Quién llegaba? ¿El cacique? ¿El politicastro? ¿El electorero de turno? No. Caso insólito: llegaba un poeta. No llegaba, volvía, por la ley del eterno retorno, a la escuela de la niñez.

Al frente del cortejo blanqueaba la cabeza nobilísima de la madre, joven todavía. Llevaba en la mano al nieto, y era entre el tricolor inefable que flameaba al viento libre y sin mancilla de la mañana, el espejo fiel de la patria.

Volvía el poeta en plena juventud. Sin haber sido vencido aún por los brazos ajenos, y comenzando ya a ser el vencedor de sí mismo, que es la más alta gloria que lograrse pueda, según el decir de Sancho.

Allí estaban el bachiller, el cura, el barbero, la sobrina y el ama. Sólo que esta vez no venían a expurgar la biblioteca del iluso señor. Venían en peregrinación respetuosa, y no precisamente a tapiarla, sino muy por el contrario, a practicarle unos amplios ventanales por donde penetrase a torrentes el aire limpio y soleado de la comarca.

La juventud, ha dicho Renán, es el descubrimiento de un horizonte inmenso que es la vida, y el poeta nació en Apiay, frente a los llanos ilimitados, como si las hadas madrinas que rodearon su cuna hubiesen querido colocarle precisamente allí, donde nada entraba el libre vuelo de su mente. Quizá por eso hoy, como en el verso maravilloso de Rivera, su espíritu con toda la inmensidad confina.

Bella vida la vida noble y pulcra del poeta que lo dejó todo para ser libre. Que fiel a sí mismo, se ha cultivado con esmero para servirle a su tierra y no para servirse de ella, como es costumbre. Para exaltarla en todo momento, aquí y fuera de aquí, porque la lleva siempre consigo, aunque a veces le duela, como le duele a todo aquel que la soñó y no la encuentra a la altura de su destino. Como le dolía España a Unamuno.

La Biblioteca "Eduardo Carranza" se ofrece en un risueño pueblecito, uno de tantos, Chipaque, donde discurrió, purificándose al golpearse entre la vida, como el arroyo entre sus piedras, la adolescencia del poeta.

Curiosa en verdad la vida de estos pueblos del oriente de Cundinamarca. Curiosa sobre todo por la fidelidad geográfica a su destino; de oriente nos viene la luz, de oriente nos vino el Maestro de los Maestros, y de este oriente nuestro, que bien pudiera ser la despena del Departamento, sólo nos vienen maestros. Es decir: los únicos seres de buena voluntad que alientan todavía sobre el planeta.

Tierra feliz, que ha escogido la mejor parte. Tierra en donde todavía se echan las campanas a vuelo porque regresa un poeta. Tierra que se regocija cuando inaugura una biblioteca. Y tierra, finalmente, que le da el nombre de su poeta a la biblioteca como símbolo y égida de fidelidad irrevocable a los atributos del espíritu.

Todo no está perdido cuando queda una tierra así.

Octavio AMORTEGUI.

TOME Y LEA

En las ediciones del Fondo de Cultura Económica de México,

D. F.:

Andrés Bello: <i>Filosofía del Entendimiento</i> . Un vol pasta . . .	₡ 20.—
Ezequiel Martínez Estrada: <i>Muerte y transfiguración de Martín Fierro</i> . 2 vols.	35.—
A. S. Turberville: <i>La Inquisición Española</i> . Un vol. pasta	5.—
C. M. Bowra: <i>Historia de la Literatura Griega</i> . Un vol. pasta	5.—
Bernabé Navarro: <i>La Introducción de la Filosofía Moderna en México</i>	10.—
Jacob Burckhardt: <i>Reflexiones sobre la Historia Universal</i>	10.—
R. H. Tawney: <i>La igualdad</i>	9.—
Arthur Ramos: <i>Las poblaciones del Brasil</i>	5.—

En la oficina del *Repertorio Americano*,

Exterior: Calcule el dólar a ₡ 5.00.

Destino de la juventud

(En *El Tiempo* de Bogotá,
Septiembre 25 de 1948).

A raíz de la primera guerra mundial, el mundo entero, tratando de enmendar un error universal, volvió los ojos a la juventud y, por una u otra vía, quiso fundar en ella la nueva conciencia. El siglo XIX arrogante, positivista, solemne y luminoso, se había caracterizado, después del romanticismo, por un intolerable culto a la levita y el cuello duro, a la calva y la barba gris, por un inexcusable predominio gerontocrático o sea de los ancianos. Un joven para ser atendido debía disfrazarse de viejo. La moda de los largos bigotes y los cuellos postizos se debe, en gran parte a ello.

La reacción juvenilista cayó en algunos excesos, como siempre. Sin embargo, un observador sagaz habría sacado de ello conclusiones saludables. Es verdad que todos los movimientos ideológicos, sin exceptuar los de derecha, centro e izquierda; todos los partidos políticos, sin exceptuar ningún matiz, buscaron a los jóvenes. Juventudes socialistas, comunistas, fascistas, radicales, democráticas, católicas, protestantes, todos cortejaron a la juventud. El "dejad a los niños que vengan a mí" se cumplió con rigurosa estrictez.

Luego, como suele ocurrir, ahí donde la miopía hace las veces de buena vista, quienes, por pauperismo de sus programas, inanidad de sus lemas, tontería de sus directores y corrupción de sus métodos, no lograron clientela juvenil, se alzaron contra ésta: y en vez de considerar la participación de los jóvenes en la vida plena del Estado, como un medio de educar, la proscribieron o trataron de proscribir como si fuese un vicio, de suerte que, aplicando con estrictez su razonamiento, resultó que preocuparse de la vida nacional, adiestrarse a contemplarla y solucionarla, se volvió pecado, error, y se dejó de nuevo a los viejos, la responsabilidad de pastorear el rebaño juvenil, vendado, inerte, destinado a pasar de la noche a la mañana, sin preparación alguna, del papel de dirigido al de director. Había vuelto la época de la gerontocracia, cancelándose la entusiasta efebología, o culto al joven de otros días.

Las cosas no son como parecen, felizmente. El joven, por mucho que se pretenda ahorrarse, tiene ya despierto el gusto, vigilante el

ojo, tensa la mirada sobre problemas fundamentales. El joven de hoy disfruta de su juventud, pero ha adquirido cierta actitud madura, propia de todo tiempo de crisis. Cuando no existe ningún problema, cuando la riqueza circula sin mayores trabas, cuando se consiguen los comestibles ordinariamente, cuando la libertad conserva sus prerrogativas, se explica que los jóvenes puedan ser sólo gozadores. Sin embargo, ninguna pedagogía apropiada justificará el abandono total de la misión de hombre que a todo ser humano corresponde, en toda edad, según sus posibilidades. De ahí que la actual reacción que algunos individuos y organismos sostienen, no sólo encierra una injusticia, un absurdo e imposible propósito de dar marcha atrás a la historia, sino, y eso es fundamental, un delito de lesa educación, puesto que pretende sustituir con negaciones rotundas, lo que debe ser encauzado y metodizado, de acuerdo con sagaces previsiones.

Una vez, hace catorce años, en una vasta hacienda del Norte del Perú, se castigó a unos trabajadores por habérselos sorprendido leyendo la constitución del estado. Cometían el mismo delito que los jóvenes, interesándose por lo que mañana sería una de sus preocupaciones esenciales: la vida del Estado.

Si somos miembros del Estado, si el Estado adquiere día a día tanta importancia, el primer deber de todo asociado es conocer bien, y temprano, el funcionamiento de su asociación. De ahí que, si bien conviene canalizar y atemperar las inquietudes cívicas de los jóvenes, de ninguna manera se las puede extirpar. Nunca más que hoy urge una seria reflexión de todos los hombres con responsabilidad en la educación del mundo a fin de mantener a ésta en la función y el sitio que le corresponde. Y puesto que su arcilla es la juventud, nunca como hoy, época de espantosa crisis de todo tipo, ha sido premiosa la necesidad de contemplar este problema, sin histerismos, ni unilaterales propósitos inmediatos, como suele ocurrir por desgracia.

Luis Alberto SANCHEZ.

Lima, septiembre de 1948.